



## *Aura, o el fantasma de la tradición*

Carlos Franz

Pudo ser en 1981. En un ático de la calle Galvarino Gallardo, en Santiago de Chile, donde José Donoso tenía su estudio y hacía su taller literario. Leíamos *Los papeles de Aspern*, de Henry James. Éramos todos muy jóvenes (yo tenía 22 años) y alguien protestó: ¿por qué no leíamos algo «más actual»? Donoso puso las cejas en circunflejo, balbuceó, fingiéndose escandalizado. Nos espetó algo así: ¿cómo diablos esperábamos nosotros entender una novela actual sin conocer su tradición? ¿Cómo íbamos a comprender el *Aura*, de Carlos Fuentes, por ejemplo, si no conocíamos el *Aspern*, de James?

Todos esos jóvenes chilenos de hace un cuarto de siglo, sentados en cojines y sillitas, habíamos leído y admirado *Aura*, por supuesto. Pero creo que ninguno de nosotros se había topado con la *nouvelle* de James.

Leímos *Los papeles de Aspern*. Asistimos a la llegada a Venecia del inescrupuloso editor que conseguirá introducirse en el oscuro palacio e intentará enamorar a la sobrina de Miss Bordereau, para hacerse de los papeles de un antiguo amante de la tía. No era una historia de fantasmas -como podrían ser *Otra vuelta de tuerca* o *Aura*-, pero la anciana tía encamada, con su visera verde, la sobrina, la casa decrepita, los manuscritos codiciados de un difunto remoto, guardaban un parentesco lejano pero evidente con el relato de Fuentes que tanto habíamos admirado.

Mientras leíamos en voz alta *Los papeles de Aspern* en esa buhardilla, en la noche temprana del invierno santiaguino (más nocturna e invernal, me parece, en esos años de dictadura), creo que experimenté un vértigo. Una sensación fantasmagórica, precisamente. Sucesivas cajas chinas abriéndose o desfondándose. Dentro de *Aura* resonaba *Aspern*. En la obra del modernísimo Fuentes el eco del «decimonónico» James. No era ajena a esta «puesta en abismo» un dato que todos los aspirantes a escritores en ese grupo conocíamos: Donoso había vivido en la casa de Fuentes casi dos

décadas antes, en México DF. En la casita al fondo de un jardín que no me costaba imaginar (una buganvilia, altos muros pintados de añil; Coyoacán, quizás), Donoso había escrito parte de *El obsceno pájaro de la noche*. Y, sobre todo, allí escribió su propia novela breve: *El lugar sin límites*. Ese filamento escindido de *El obsceno...*; como *Aura*, también lo sabíamos, había sido una rama desgajada del gran árbol de *La muerte de Artemio Cruz*.

De pronto, todo aquello se conectaba y se ramificaba. Bajo el presente continuo de nuestra extrema juventud se abría una antigüedad inesperada. Y en ella habitaba un prodigioso fantasma, hijo de la memoria y el deseo, como la propia Aura. El fantasma de una tradición.

La poética que Donoso nos trasmitía sesión a sesión contenía, indudablemente, la influencia de Fuentes. Como la novela corta de éste contenía la de James, y ésta la huella de Byron en Venecia (el prototipo de Aspern, acaso). Las probables conversaciones durante aquella convivencia mexicana de 1964 (que en mi inexperiencia se me antojaba tan antigua como la de Gauguin y Van Gogh en Arles), los libros leídos en común, las admiraciones intercambiadas, las seguras discrepancias (la emulación y la envidia latente entre compañeros de generación, que es también una forma de influencia), llegaban hasta nosotros, nos alcanzaban. Y, lo que era más angustiante (hablando de influencias, no dejemos de parafrasear la angustia emanada de ellas, que señala Bloom), posiblemente esos influjos pasarían a otros *a través* de nosotros (como se pasa a través de un fantasma).

Siempre habrá un momento en el que un escritor -un artista, *tout court*- se enfrenta al dilema de la creación en el seno de una tradición. Aquel momento iniciático -instante inicial de un después que no cesa ni aun un cuarto de siglo más tarde- ocurrió para mí en ese anochecer ya remoto: releendo *Aura* a través de *Aspern*, oyendo a Fuentes a través de las palabras de Donoso.

Escojo releer *Aura* bajo esa luz tornadiza, precisamente. Luz engañosa y escasa, según miramos hacia el pasado; cegadora, si nos orientamos hacia el futuro.

Luz indescifrable, hecha de sombras, aromas narcotizantes y roces, como la que encuentra el joven historiador Felipe Montero en la casa de Donceles 815, «antes 69», donde viven (pero ¿viven?) la señora Consuelo y su sobrina, Aura. Penumbra que se vuelve reverberación cegadora cuando Montero, recién llegado, se tumba en su cama y descubre el tragaluz por donde se atisba un cielo inescrutable.

La vieja casa de *Aura*, en el centro histórico de México DF, ha sido encajonada por la ciudad, de modo que tía y sobrina viven ahora como en el fondo de un pozo: «Es que nos amurallaron, señor Montero». Las amurallaron, las emparedaron, como a las deidades antiguas. «Han querido obligarme a vender», protestará la señora Consuelo. El progreso que quisiera venderlo todo.

Felipe Montero ingresa a ese pozo jalonado por signos iniciáticos. Toma el llamador de cobre en forma de cabeza de perro y por un momento sufre la alucinación de que éste le sonrío (¿o va a morderlo?). La puerta se abre sola y atrás queda la ciudad. «Antes de entrar miras por última vez... la larga fila detenida de camiones y autos [que] gruñe,

pita, suelta el humo insano de su prisa. Tratas, inútilmente, de retener una sola imagen de ese mundo exterior indiferenciado».

Pasando de lo indiferenciado a lo diferente, Montero entra en las sombras de esa casa. Pasa de una historia de prisa, de su vida de profesor de historia apurado, al tiempo sin futuro, al tiempo detenido. Un mundo donde tendrá que orientarse a tientas, como un ciego, palpando, contando peldaños (¿los de una escalera o una pirámide?), hasta encontrarse en el dormitorio de la dueña de casa.

La única iluminación proviene de docenas de velas en las repisas y entrepaños atestados de imágenes religiosas, reliquias, exvotos. «Cristo, María, San Sebastián, el Arcángel Miguel, los demonios sonrientes, los únicos sonrientes en esta iconografía del dolor y la cólera». Al fondo de este dormitorio (¿o santuario?), la gran cama donde la viejecilla, casi invisible de tan consumida, lo llama y le pregunta: «Avez vous fait des études?». La pregunta de los masones y los alquimistas.

Montero cree haber hecho sus estudios. Se ha graduado en historia en París. Razona, seguramente, que ha leído lo suficiente sobre el pasado. Es el presente lo «indiferenciado». Su razón está a salvo en el territorio seguro de lo ya narrado. Y entonces aparece la sobrina, Aura. «Esos ojos de mar que fluyen, se hacen espuma, vuelven a la calma verde, vuelven a inflamarse como una ola...».

Felipe se decide, repentinamente: «Sí. Voy a vivir con ustedes».

Allí va a vivir y trabajar en los papeles del general Llorente, el remoto marido de la viuda. Papeles del siglo anterior, sobre los cuales Montero cree que podrá aplicar su racionalidad de historiador para ordenarlos, aclararlos. En su cuarto con el techo de vidrio, la única habitación soleada de la casa, «te dices que tú puedes mejorar considerablemente el estilo, apretar esa narración difusa de los hechos pasados».

La pretensión iluminadora del científico. El orgullo iluminado de la razón de *arriba*. Y *abajo* la oscura pasión del santuario, el herbolario con las plantas narcóticas y alucinantes, los gatos encadenados y en llamas. Aura. El aura de la historia, el aura inasible de los hechos, su posibilidad, no su certeza. Ese *abajo* se apodera de lo de *arriba* cuando Montero encuentra en aquellos papeles, no la apretada síntesis que esperaba hacer, sino lo inenarrable... Cuando se encuentra a sí mismo en aquel pasado.

Inseguro ya no de lo que ve, sino de quién es el que mira, tendrá que preguntarse: ¿Quién es ese desconocido que es él mismo?

«Eres tú», se dice Felipe.

Pero ese «tú» es otro. Felipe descubre que él es sólo la segunda persona del singular. Y toda su historia -esta breve novela- es narrada por esa persona alternativa. Estilo que, por si fuera poca la ambigüedad, se balancea constantemente entre la fugacidad del presente, y la imperativa amenaza del futuro: «La anciana sonreirá..., mientras tú piensas...».

Si en la síntesis rimbaudiana del sujeto moderno «yo es un otro», en *Aura* el otro eres tú. Y en ese desdoblarse hay tanto horror como voluptuosidad. La de dejar de ser,

precisamente. Como cuando Felipe le entrega las llaves de sus pertenencias a Aura, y se siente: «invadido por un placer que jamás has conocido».

Juego de espejos multiplicados por las sombras. Razón devenida pasión. El historiador, el narrador, es trasmutado (operación alquímica) a la condición, y el placer, del devoto. En la casa de Aura la vacilante llamita de la razón se convierte sólo en una vela más al pie de las reliquias.

Más intensa que extensa, tan breve como profunda, metáfora de la imposibilidad de sintetizar el pasado, como no sea encarnándolo, *Aura*, empero, sí que puede ser síntesis de algo: de la estética de Carlos Fuentes. En la obra de un autor que ha ensayado tanto a exponernos una poética, no la hay mejor, acaso, que esta breve parábola.

En esta estética el mundo es fundado no *por* la literatura (por los libros sagrados, como querrían los religiosos y los constitucionalistas) sino *en* la literatura (como saben los escritores). Tanto Felipe como Aura han sido convocados por el deseo de Consuelo (por el deseo de un consuelo). El deseo engendra la realidad. Los fundamentos de lo que llamamos realidad -y qué es ésta sino las narraciones que nos hacemos de ella- yacen hincados en los sótanos y santuarios oscuros de la Necesidad.

El otro eres tú. Y Aura es la otra. La invención de un personaje a partir de una persona. La creación de una alternativa al ser (un Golem, un Frankenstein, una Aura), es más que la pasión alquímica del narrador. Es su oficio diario. Y su poética.

Que esta poética no es abstracta, racional, sino pasional y humanísima, se ve claro en las últimas líneas. El triángulo místico es también, y sobre todo, erótico. Consuelo y Felipe yacen en la cama. Ella le promete que volverá a traer a la otra. Volverá la juventud, el amor, la belleza, el pasado, le asegura. Es cuestión de imaginarlo. Con la suficiente fuerza, con el suficiente arte. Lo que no puede la historia lo podrá la imaginación. Como creen los escritores. Como lo hizo Fuentes en *Aura*. Como lo pide el deseo.

Casi medio siglo después de escrita, *Aura* conserva la vigencia de las obras de arte definitivas. No haría falta más y, sin embargo, no estará de más señalarle un poder visible a esa vigencia artística, fantasmagórica. En el caserón tenebroso de la razón fallida, latinoamericana y acaso mundial, *Aura* metaforiza la constante tentación política de inventarnos un futuro mediante la hechicería. Colapsadas las utopías ideológicas, retornan los brujos demagógicos. Aura, la hechicera, también tiene el poder de predecirnos cómo el fracaso de la historia de las luces, y sus historiadores, nos devuelve a las oscuridades de los ritos tribales y sagrados. A las sinrazones del nacionalismo, el populismo, sus ídolos y oficiantes.

O quizás es que no lo predijo. Es que ya nos había ocurrido. Es que era nuestra tradición y nosotros su invención. Sus fantasmas.

Madrid, octubre de 2007.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

